

*Viejas postales descoloridas*  
**LA VIEJA CASONA DE LA LOMA del VEDADO** por *Federico Villoch*

EN lo alto, y en el centro del cuadrón que forman, cruzándose, las calles D, 11 y 13, a un costado de la iglesia, se encuentra la vieja casona de la loma del Vedado, a la que habrá una semana le dedicamos unas líneas en nuestra vieja postal descolorida sobre «Las Playas del Golfo». Hoy nos sale al paso para decirnos con su voccecita infantil de vieja centenaria, lo agradecida que está a nuestro amable recuerdo. Ya creía que nadie iba a nombrarla, cuando se vió sorprendida por un grupo de curiosos que, desde abajo, de la calle, la señalaban, diciéndose: —Esa es, no cabe duda; mirala qué repintada y recompuesta, que parece que por ella no han pasado los años; y ya suman cien, y algunos más, los que tiene de nacida, desde que en el Registro Municipal la asentaron sus primitivos dueños, los acaudalados hermanos Francisco y José Frías, de lo más distinguido de aquel aristocrático barrio del Carmelo. Allí próxima, hallábase la Quinta de Lourdes, con su apeadero especial en la línea de los tranvías, cuando tiraban de ellos las famosas maquinitas denominadas «cucarachas». También hallábase a la izquierda, la casa del celador Serafín Marrero; la casa de la señora Evelina Forés, casada con el Conde de Pozos Dulces; un antiguo barracón que ocupaba Perico Fosadas, agente de periódicos y ministro protestante, y un horno de cal de gran tamaño, del que se quemaron muchas hornadas para varias fabricaciones del Vedado.

La casa era de mampostería antigua, de las canteras de San Lázaro; los techos eran de tejas españolas; los pisos de hormigón antiguo, cocó; las balaustradas de madera dura, torneadas en todas las ventanas; los terraplenes de la casa eran también de hormigón, con muro corrido de unos setenta centímetros de espesor, sobre los que podía sentarse el visitante como en una alameda o malecón; y hallábanse rodeados de frondosos almendros que esparcían en torno el grato aroma de sus blancas florecillas. La madera de las puertas, horconaduras, llaves de los techos, toda era de las más duras del país: caoba, cedro, jiquí, ácana, majagua, quebrahacha, etc. El plan general de la casa se componía de una amplia sala entre dos portales, con tres cuartos a cada lado, de seis por seis. Al fondo hallábase el batey, con las cuarterías de los criados, los servicios, el pozo y la noria; cerrando este espacio una gran portada que comunicaba con las huertas y las vaquerías. La sala era de suficiente tamaño por sí a los aristocráticos señores de la finca les venía el antojo de celebrar en ella algún gran baile de gala, con asistencia del Capitán General de la Colonia,

o alguna boda o bautizo de rumbo, oficiados por el señor obispo de la diócesis, como muchos y muy sonados que se llevaron a efecto. Hallábase la sala amueblada con un estrado de muebles lujosos de la época, grandes butacas, grandes espejos. En la misma sala, que era enorme, hacia la izquierda, hallábase el comedor, una y otro, alumbrados con lujosas lámparas colgantes de cristal, sosteniendo bujías de fina esperma; parabrisas y artísticos quinqués de luz brillante, según el alumbrado de la época.

—¡Je, je, je!—ríe la viejecita, irónica, y prosigue: los inquilinos que hoy ocupan la casona se alumbran actualmente con empolvados quinqués de luz brillante y toscas velas de sebo, embutidas en roñosos parabrisas que han ido a sacar del fondo de los viejos baúles y de los antiguos armarios o de los sótanos de la antigua casa, en vista de las especiales circunstancias por que atravesamos. Todo vuelve, hijito, todo vuelve; y como preguntaba un buen poeta de mis tiempos, Blanco White, en su inmortal soneto: ¿Si el mismo sol vuelve a alumbrarnos todas las mañanas...

**Por qué, también, no ha de volver la vida?**

La viejecita pronuncia con suprema delectación los nombres de los antiguos moradores y visitantes de la vieja casona de la loma del Vedado. Hacia los años 60, 70, 80, 90, etc., vivieron en ella doña Josefa Cortés Palomino y su esposo, Pepe Frías, hermano del conde de Pozos Dulces. Gabriel de Castro Palomino, su esposa, Margarita Sánchez Quirós, con sus hijos, Esperanza, Margarita, Sofía y Rafael. Leonarda de Castro Palomino, hermana de Gabriel; Rosario de Castro Palomino, hermana de Josefa, y dos parientes jóvenes: Francisco O'Farrill y Alquízar, todos educadores de alta fama: Gabriel fué director de la escuela de Agricultura que en la Ciénaga sostenía el Conde Ibáñez. Al fondo, en la cuartería, la servidumbre; y en la sitiería los partidarios. De los visitantes recuerda la viejecita a Feliciano Mallén, Ramón Bosque, Carlos Benítez, Manuel Yarini, Eugenio Forés, los Montalvo, los Bayona, los del Monte; y se verificaban amenas tertulias literarias y científicas de las que después hablaban los periódicos El Siglo, El Porvenir, El Triunfo, La Revista de Cuba, etcétera.

Ahora la casa y sus terrenos adyuntos pertenecen a los herederos del banquero don Juan de Argüelles. La manzana en que se levanta la iglesia del Vedado fué cedida con ese objeto por el Conde de Pozos Dulces: cuando el gobierno colonial decretó las confiscaciones de los bienes del Conde, ya se habían levantado los cimientos de dicha iglesia.

2

LIBRE POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA

No tuvo don Francisco Frías el consuelo de morir en el hogar paterno. Falleció en París el 24 de octubre de 1877, a los sesenta y ocho años de edad; pero el amor de sus compatriotas ha sabido honrar su memoria, levantándole una estatua en uno de los lugares más céntricos del barrio del Vedado, a cuyo desarrollo contribuyó en gran escala con sus iniciativas fecundas y su peculio.

—Toda esta casa—continúa la viejecita—respiraba grandeza y estabilidad. Aquí, a la derecha, había un buen espacio de terreno sembrado de palmeras de dátiles que regaban el suelo con su sabroso fruto almibarado. Don Francisco Frías, segundo Conde de Pozos Dulces, cada vez que sus andanzas políticas se lo permitían, venía a pasar algunos meses bajo el techo acogedor de la vieja casona, fundada por sus antepasados y en la que vivía su hermano José. Aquí escribió muchos de los artículos que se publicaron en los periódicos *El Porvenir* y *El Siglo*, entre ellos «La Memoria», que fué premiado en los Juegos Florales del Liceo de La Habana, celebrados el año 1849, sobre La Industria Pecuaria en Cuba. Aquí redactó las líneas principales de su famoso trabajo sobre el «Atraso de la Agricultura Cubana y necesidad de mejorarla», que ideó presentar en las Cortes peninsulares cuando fué elegido miembro de la Junta de Información de Madrid, disuelta mucho antes de llevar a cabo su patriótico cometido. «Si fuéramos a dar oídos a cierta clase de gentes, por cierto no muy escasa en Cuba—decía el Conde de Pozos Dulces en su referido trabajo—nunca se escribiría una sola palabra sobre los adelantos que en ella puede hacer la agricultura. Según estos doctores, los únicos sistemas fructuosos de cultivo en nuestro país, son los que se vienen usando desde el siglo XVI, esto es, los de echar abajo montes, pegarles un tizón encendido y sembrar y cosechar, hasta que se niegue el terreno; para volver a tumbiar, quemar y destruir más adelante, recorriendo así y esquilmando toda la superficie de la isla». «Yo bien sé—continuaba el Conde en su notable informe—que se exporta mucho y buen azúcar; que el comercio es activo y próspero, que abundan y circulan los capitales, que se acometen nuevas empresas, de todo lo cual me alegro en el alma, sin dejar por eso de conocer que todas esas riquezas son inseguras y precarias, como que no se fundan en las bases estables de una agricultura inteligente y previsora, sino en las eventualidades de circunstancias económicas que pueden y deben cambiar de un momento a otro. Figurémonos por un solo instante que sobrevenga una depreciación del azúcar en los mercados de Europa, sea porque la producción se aumente fuera de sus límites naturales en los di-

versos países en que se cosecha, sea porque se perfeccionen, como cada día sucede, el cultivo y la fabricación de azúcar de remolacha, o que, por nuevos procedimientos, se extraiga económicamente ese fruto de otra porción de vegetales que se van aclimatando en este continente, ¿a dónde irá a parar entonces la ponderada riqueza de Cuba? Nueva Torre de Babel, ¿no se desplomará todo el edificio para recuerdo eterno de nuestra locura e imprevisión? Que es lo que en la actualidad repite todos los días, animado de la misma patriótica previsión, en sus leídas crónicas del *DIARIO DE LA MARIANA*, el doctor Ramiro Guerra.

La viejecita guarda silencio, y tal parece sumirse un largo rato en el mundo infinito de sus recuerdos. Una leve sonrisa contrae de vez en cuando sus labios; con un leve movimiento de cabeza parece saludar fechas, ideas y personas que pasan delante de ella; y, al fin, termina su solloquio con un cumplido gesto de conformidad y acatamiento.

—Yo no soy—dice—de las que creen que aquellos tiempos pasados fueron mejores que los presentes. Yo creo que cada época tiene su educación, su estilo y su moral; y que todos son mejores. Ustedes se admirarán de que no hayan podido conmigo los ciclones, ni las trombas, ni los aguaceros torrenciales; y es que me hicieron gacha de techo, como si dijéramos, humilde, para resistir los embates de la vida y de los elementos, inclinando la cabeza ante ellos, y dejándolos pasar de largo sin ofrecerles la menor resistencia: ceder es la mayor firmeza del hombre. Cuando llueve fuerte y continuo, como estoy en lo alto de la «loma de la Imper-turbabilidad», el agua corre y se desliza por mis faldas, y no ataca ni perjudica mis cimientos...

Y concluye la viejecita:

—El amor a la tradición es lo único que nos da personalidad y consistencia. El hombre vive y se perfecciona por la tradición; pueblo que no la venera, más temprano o más tarde, deaparecerá; y por eso todos celebran con amor sincero sus fiestas populares y sus aniversarios históricos. ¿Qué es el amor de Dios, sino la suprema tradición de la humanidad? El día que la pierda, caerá como viejo caserón, hecho polvo. Por algo ha querido la vida conservarme inmutable en medio del progreso y las innovaciones que me rodean. Sigue mi ejemplo, y conserva tu amor patrio cada día más sólido y más firme; y que sea para todos un símbolo: **La vieja casona de la loma del Vedado,** que fué de los Condes de Pozos Dulces.

*Sm. Ag 3/42*

ONOMIMONIO DOCUMENTAL  
 INSTITUCIÓN DE INVESTIGACIONES Y DOCUMENTACIÓN  
 DE LA HABANA